

El asesino invisible

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Murder from the grave*

En cubierta: *Chemist poison labels circa 1900*

© Amoret Tanner / Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© De la traducción, Pablo González-Nuevo

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19419-00-2

Depósito legal: M-17.660-2022

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Will Levinrew

EL ASESINO INVISIBLE

Traducción del inglés de
Pablo González Nuevo

 Siruela

Libros del Tiempo Biblioteca de Clásicos Policiacos

CAPÍTULO 1

Cuando el timbre del teléfono sonó esa noche ninguna premonición advirtió al profesor Herman Brierly de lo que iba a suceder. No podía saber que esa llamada le conduciría indirectamente hasta la más extraña serie de acontecimientos de su ya de por sí insólita carrera, que incluso dejó su indeleble marca en el imperturbable científico. Largo tiempo después, le dijo a John Matthews, su hijo adoptivo, que de haber intuido lo que le deparaba el futuro cuando menos habría dudado a la hora de implicarse en el asunto.

El profesor Brierly disertaba con Matthews acerca de la fascinación que el estudio de la criminología ejercía sobre él de un tiempo a esta parte. Era después de la cena y el viejo estaba de un humor comunicativo. A Matthews le resultaba divertido ver el entusiasmo con que el profesor Brierly había abrazado su nueva afición.

—Resulta mucho más emocionante, John —dijo el profesor—, que el estudio de lo que se conoce como ciencias puras. Aunque siempre he pensado que la búsqueda de respuestas a las preguntas que planteamos a la naturaleza resulta tan excitante como un juego, lo cierto es que a menudo carece de chispa y emoción. Uno sabe por adelantado que la respuesta que obtendrá es inmutable como la solución a un problema de matemáticas, que únicamente puede haber una solución correcta.

Sin embargo, en cuanto la ciencia se aplica al ser humano y su comportamiento, aparecen complicaciones a las que resulta imposible enfrentarse valiéndose de cifras y símbolos inertes. Uno descubre que las acciones y reacciones se enredan con las esperanzas y aspiraciones del hombre, con el amor y el odio, la avaricia y la envidia y toda la amplísima gama de las emociones humanas. Me arrepiento de no haber acometido antes su investigación. ¡Qué ilimitado campo de estudio se abre ante nosotros!

La doncella se aproximó entonces a la puerta y dijo que alguien al teléfono, cuyo nombre no había podido entender, deseaba hablar con el profesor Brierly.

—Cógelo tú, John.

Tras un breve diálogo Matthews se volvió hacia el profesor Brierly, cubriendo con la mano el micrófono del auricular.

—Profesor, el señor Borger, Rodney Borger, desea que vaya usted esta noche a su casa si es posible. Quiere consultarle algo.

El profesor Brierly arrugó la frente.

—Rodney Borger. ¿Tengo yo algo que ver con ese nombre, John?

El viejo era notoriamente negligente y distraído en cuestiones prácticas.

Matthews negó con la cabeza, sosteniendo aún el auricular, con un divertido brillo en la mirada.

—John, dile que no iré.

Una súbita expresión de furia apareció en sus ojos al escuchar la versión que daba el joven de su respuesta.

—No es que no pueda ir, John —dijo, levantando la voz—. No es que no pueda. No pierdas el tiempo inventando por mí excusas tontas y convencionales ni contando estúpidas mentiras. Mi mensaje es que no pienso ir.

Tras otro breve diálogo en voz baja, el joven ayudante del profesor Brierly colgó el auricular.

—¿Sabe quién es Rodney Borger, profesor?

—¿Tiene alguna importancia para mí saberlo?

—Ha dicho que es uno de los diez hombres más ricos del mundo. Dice que tiene...

—¿Cómo consiguió el dinero? ¿Lo encontró simplemente o lo ganó?

—Oh, lo ganó, no sé exactamente cómo, supongo que en Wall Street o algo así...

—Y dices que es uno de los diez hombres más ricos del mundo con la esperanza de impresionarme con la supuesta importancia de ese hecho, ¿no es verdad? John, empiezas a medir a las personas por el sistema de la pajita más larga, igual que los demás. Me dices lo importante que es, no por su valor intrínseco para la sociedad ni por los servicios que le rinde, sino por el tamaño de su cuenta bancaria. Tú, igual que el resto...

El discurso fue interrumpido por el teléfono y una vez más la doncella apareció para decir que la misma persona deseaba hablar con el profesor Brierly. El viejo se había levantado bruscamente y se dirigió al teléfono, pero Matthews se adelantó. El joven y rubio gigante cogió de nuevo el aparato.

Tras escuchar unos instantes miró al viejo.

—El señor Borger en persona está al aparato esta vez. Pregunta si le recibirá si viene aquí. —Y al ver que el profesor quería decir algo, se apresuró a añadir—: Podría necesitar sus servicios tanto como un hombre pobre, profesor.

Al ver que el otro no respondía, Matthews dijo al aparato:

—Sí, el profesor Brierly le recibirá.

—¡Pero!

—¿Dentro de media hora? Muy bien.

—John, ¿estás seguro de que no me confunde con otra persona, con un médico o con...?

—No, Rodney Borger no es de los que cometen esa clase de errores. Solo dijo que quería preguntarle su opinión acerca de algo.

Cuando llegó Rodney Borger, el profesor Brierly lo trató con la misma consideración con que hubiera tratado a una persona

pobre. El científico se puso de pie e hizo una leve inclinación con anticuada cortesía.

El hombre que aguardaba de pie en el umbral no era grande, aunque parecía ocupar toda la puerta. La doncella había cogido su sombrero, pero el otro aún sostenía su bastón y en la cabeza llevaba un bonete. Apoyándose con fuerza en el bastón examinaba atentamente cuanto había en la habitación.

Si su pausa en el umbral había tenido algún efecto dramático no había sido deliberado. Observó con detenimiento a los dos hombres que le recibieron.

—¿El profesor Brierly?

El visitante miró al hombre más joven y a continuación de nuevo a su anfitrión con evidente curiosidad. Los rasgos de su cara eran tan elocuentes que en un instante expresaron a la perfección cuanto podría haber dicho de palabra.

—Matthews es mi ayudante —dijo el profesor Brierly— y un miembro de mi familia.

Rodney Borger asintió y se sentó lentamente cuando el profesor Brierly le ofreció un asiento con un gesto de la mano.

La personalidad de aquel hombre no parecía menos dominante después de haberse sentado que cuando aún estaba de pie en el quicio de la puerta. De no ser por la eléctrica presencia del profesor Brierly el visitante habría dominado la estancia tal como habría hecho en cualquier otra reunión a la que hubiera asistido.

Su fascinante cabeza se apoyó en el mullido respaldo del sillón. A causa de alguna enfermedad profundamente arraigada, los otrora carnosos rasgos de su cara habían quedado reducidos a una máscara mortuoria.

Sin duda su semblante era insólito. Desde el colgante labio inferior hasta el mentón hundido, aquel hombre podría haber pasado por un libertino de incontenibles pasiones. Por encima del labio inferior su semblante era el de un ascético erudito.

El bonete estaba tan ajustado a su cráneo que no ocultaba por ningún lado los contornos de su asombrosa cabeza. La frente, si bien inmensa, parecía retroceder en agudísimo ángulo

hasta un punto por encima del occipucio, notoriamente más atrás que la línea ascendente del cuello. Esta cúpula, en conjunción con el mentón hundido, daba lugar a un óvalo casi perfecto. Tenía las cejas arqueadas, los ojos de un negro brillante hundidos en sus cuencas y al mismo tiempo muy abiertos; una enorme nariz aguileña de cuyas aletas partían profundas hendiduras o arrugas hasta ambos lados de la barbilla; y el labio superior largo y recto apenas tocaba el colgante labio de abajo. El mentón parecía hundido únicamente a causa de la concavidad del resto de los rasgos, desde las cejas hasta el labio inferior.

—¿Es profesor Brierly o doctor Brierly? —dijo.

—Cualquiera de los dos o ninguno o ambos, o puede llamarme simplemente señor Brierly.

El otro continuó al instante.

—Padezco un cáncer en fase terminal.

—Me temo —empezó a decir el profesor— que yo...

Una mano alzada hizo callar al anciano.

—Aún sobreviviré un tiempo, con ayuda —continuó—. Un grupo de personas se reunió hace un tiempo para comer en mi casa. Algunas enfermaron. He venido a preguntarle si en su opinión pudieron ser envenenadas o sufrieron una intoxicación alimentaria.

—No soy detective, señor Borger.

—He venido a ver al profesor Brierly, el científico.

—Adelante, continúe —murmuró el profesor, que observaba a su visitante y escuchaba sus palabras con la actitud absorta que le caracterizaba.

—Había nueve personas reunidas en la mesa. Siete de ellas enfermaron. Esto sucedió hace algún tiempo. Los informes médicos de sus casos han sido destruidos o perdidos. El médico que los atendió está muerto. ¿Podría decirme en este momento, si en su opinión fueron envenenados o sufrieron una intoxicación alimentaria?

Hizo una pausa y miró al profesor Brierly. Estaba sentado completamente inmóvil y su rostro parecía en ese instante más

que nunca una máscara mortuoria. Cuando el profesor Brierly consideró que el visitante había terminado de exponer su caso volvió a hablar:

—No ha compartido conmigo todos los hechos.

—Mostraron síntomas como...

—La descripción de los síntomas llevada a cabo por un profano en la materia es inútil.

—No soy exactamente un profano. Algo sé sobre los efectos de los venenos.

—¿Es usted médico?

—No.

—Entonces no sabe nada sobre los efectos de los venenos. Leer acerca de los efectos y síntomas de venenos en un libro de texto es tan útil a la hora de formarse como toxicólogo como leer sobre carreras y movimientos para convertirse en nadador. El conocimiento teórico acerca de lo que harán ciertos venenos dista mucho de la capacidad para reconocer dichos síntomas al verlos.

—Sucedió justo después de comer las...

—Irrelevante.

—Algunos hechos carecen por completo de importancia en la cuestión que me interesa...

—Eso tendré que decidirlo yo.

El visitante seguía inmóvil, sentado muy erguido en el mullido sillón con ayuda del bastón. Cuando volvió a hablar tras una breve pausa solo sus labios se movieron. Ni un solo músculo de su cara se contrajo.

—Estoy a punto de hacer un testamento con el que tengo intención de liquidar algunas cuentas pendientes —dijo.

Aunque su expresión no cambió los dos oyentes creyeron detectar una siniestra ferocidad en sus palabras.

—Hace poco más de seis años invité a ocho parientes a mi casa, algo que venía haciendo periódicamente desde hacía un tiempo. Todos estaban sentados a la mesa. Siete de los comensales, yo entre ellos, enfermamos. Todos nos recuperamos. Seis

días después el médico me permitió levantarme de la cama. Dos días más tarde el doctor que me atendió atravesaba en coche el monte Bear y él y su coche fueron hallados en el fondo de un profundo terraplén. El coche estaba destrozado, y él, muerto. Su posición en el vehículo cuando fue encontrado hizo dudar a los investigadores sobre si estaba o no en su interior cuando se salió de la carretera. Sus informes acerca de mi caso habían desaparecido. Durante mi enfermedad no comenté con él ningún detalle sobre el asunto y mucho menos con las enfermeras. —Hizo una breve pausa—: ¿Podría decirme, llegados a este punto y careciendo de datos científicos o informes al respecto, si enfermamos a causa de un envenenamiento o de intoxicación alimentaria, ya fuera deliberado o accidental?

Durante todo el discurso lo único que se movía en aquel rostro pétreo eran los labios. Solo cuando habló de liquidar sus deudas había tenido lugar un súbito destello de expresión, pero sus oyentes tampoco estaban seguros de haberlo visto. No había sido más que una fugaz impresión vaga e intangible.

Antes de que el profesor tuviera ocasión de responder, el otro sacó de su bolsillo un trozo de papel y siguió hablando.

—Quizá esto le ayude. Es un diagrama de los lugares que ocupábamos en la mesa. Éramos nueve. Los ocho parientes mencionados y yo. Era una mesa alargada. Yo estaba sentado en la cabecera y una de mis hermanas, Anita Borger Clements, en el otro extremo, frente a mí. A mi derecha se encontraban mis tres hermanos, William, Charles y Joseph, y una sobrina, Camille Van-nest. A mi izquierda, en orden, estaba mi primo Henry Borger —de nuevo los dos oyentes detectaron aquel destello de animal ferocidad en sus ojos—, otro primo, Frank Borger, y mi otra hermana, Lucy Borger Hinkle. Los que enfermaron, aparte de mí, fueron mis hermanos Joseph y Charles, mi sobrina Camille Van-nest, mis hermanas Anita y Lucy, y Henry Borger, mi primo. No he vuelto a ver a mis parientes desde entonces. Todos están vivos y deseo resarcirme. —De nuevo aquel súbito brillo de odio inhumano—. ¿Puede darme su opinión? Hay científicos y también

detectives. No he acudido a usted únicamente por sus logros como científico. Sé que también ha tenido éxito recientemente deteniendo a importantes criminales —siguió diciendo imperturbable mientras el anciano hacía ademán de responder—. No obstante, es el profesor Brierly el científico quien espero que me ayude.

—No estoy interesado en investigar crímenes y tampoco a sus artífices —empezó a decir el viejo con frialdad—. Esos casos llegaron a mí por razones científicas. Los aspectos criminales de cada caso fueron puramente incidentales.

—Lo sé —respondió el otro asintiendo con su impresionante cabeza—. Repito que es al profesor Brierly el científico a quien he venido a pedir ayuda.

Hubo una larga pausa antes de que el viejo volviera a hablar.

—¿A qué hora del día fue esa comida? —preguntó.

—Al anoecer. Empezó hacia las siete.

—Lo más que podría hacer es responder a su pregunta negativamente, si es que es posible.

El otro asintió.

—Muy bien, si eso es todo lo que puede hacer. Esta es la primera y será la última vez que plantee a alguien esta pregunta. ¿Fue un veneno, como se suele decir, o una intoxicación alimentaria?

—¿Los ataques tuvieron lugar al principio, a la mitad o después de la comida?

—Fue poco después de que comenzara la cena.

—¿Cuánto tiempo había pasado desde que empezaron a comer? ¿Qué había comido usted y cuánto tiempo transcurrió desde el momento que lo comió hasta que comenzaron los síntomas?

—Empezamos tomando los cócteles. Después creo que sirvieron las almejas. Lo que recuerdo es que los ataques empezaron cuando yo estaba terminando las almejas.

—¿Cuánto tiempo pasó entre los cócteles y las almejas?

—Muy poco. Se sirvieron prácticamente a la vez.

—¿Había terminado usted de comer las almejas?

—Creo que no.

—¿Lo recordaría mejor si tuviera ocasión de contárselo a los otros comensales presentes aquel día?

—Es posible, pero preferiría no hacerlo —respondió, permitiéndose esbozar una sardónica sonrisa.

Tras una larga pausa el profesor Brierly volvió a hablar:

—La información que me ha proporcionado es limitada o nula. No le he preguntado por los síntomas porque el valor de dicha descripción en boca de un profano sería escaso. Yo diría que el ataque, con toda probabilidad, no fue resultado de una intoxicación alimentaria durante la cena.

—¿Es eso todo lo que puede decirme, profesor?

—¿Se pusieron todos ustedes enfermos al principio de la cena, más o menos al mismo tiempo?

—Sí.

—Entonces, es cuanto puedo decir. Si bien es cierto que algunas intoxicaciones alimentarias se manifiestan razonablemente rápido, no conozco ninguna que actúe de forma fatal, ni siquiera sería, en el tiempo transcurrido entre que tomaron los cócteles y comieron unas pocas almejas. Incluso en el hipotético caso, hartamente improbable, de que dicha intoxicación fuera producida por un licor.

—¿Un veneno actuaría así de rápido?

—Algunos de los alcaloides más mortíferos y también otros son capaces de matar incluso con un solo sorbo de cóctel. Eso es posible saberlo con el más somero y genérico estudio acerca de los venenos. No obstante, esto es mera especulación y yo no soy adivino.

Borger permaneció en silencio un instante y después se levantó.

—Bien, ahora liquidaré mis cuentas pendientes.

La misma mortífera ferocidad e imperturbable rotundidad con que había pronunciado aquellas palabras al principio de la entrevista resultó evidente también ahora para ambos oyentes.

—Es posible, señor, que salde las cuentas pendientes —dijo el profesor Brierly sarcásticamente— dejando su dinero a los culpables.

Durante un instante una impía luz danzó refulgiendo en los brillantes ojos negros. Y después sus rasgos se distendieron en una sonrisa que hizo que Matthews se estremeciera.

—Eso no me ha sonado a ciencia, profesor, sino a filosofía. Y no le falta razón. Buenas noches, caballeros.

Los dos hombres escucharon cómo se alejaban sus pasos.

—Menudo personaje —comentó Matthews—. Da escalofríos solo tener que mirarle y hablar con él. Si se cambiara de ropa y se pusiera un hábito o algo por el estilo parecería recién salido de la Edad Media. Sería un perfecto inquisidor.

—Tengo la sensación, John, de que ya le había visto en alguna parte o a alguien muy parecido, y me ha hecho recordar algo desagradable. Tu sugerencia es de lo más atinada. Su mera presencia parece resucitar algo del pasado.

—¿Tiene alguna idea sobre cuál puede ser su nacionalidad, profesor, su país de origen?

El anciano miró inquisitivamente a su ayudante.

—¿Tú también lo has notado? Bueno, ¿y cuál dirías tú que es su nacionalidad?

—No estoy seguro. Hay en él algo latino u oriental, o quizá semítico. Pero habla un perfecto inglés, inglés americano, quiero decir, modismos incluidos. ¿Qué clase de nombre diría que es Borger, profesor? ¿No aportaría eso alguna clave sobre sus ancestros?

El viejo sonrió.

—¿Tú crees? No en este país. Este crisol de culturas en el que vivimos no solo transforma a las personas en algo que ni sus antepasados reconocerían, sino que además les cambia el nombre. ¿Serías capaz de decir mirando la guía telefónica cuáles son los ancestros de cualquier persona con el apellido Smith? ¿Era originalmente Schmidt o quizá algo que no tiene ni el más remoto parecido tipográfico con la palabra Smith? Basta fijarse en los

nombres de personas de origen judío, por ejemplo. Se puede contar con los dedos de ambas manos el número de apellidos judíos puros que es posible encontrar en este país. Los nombres utilizados por los judíos no tienen en absoluto tal origen. Son alemanes, polacos, rusos, españoles, franceses. Nombres típicos de todos los países que los judíos han habitado a lo largo de los últimos quinientos años. Además de eso también cambian sus nombres íntegramente o los adaptan al inglés según su propio criterio. Esto es válido para todas las razas y nacionalidades que residen en los Estados Unidos. No, tratar de descubrir los verdaderos orígenes de un hombre mediante su nombre en esta heterogénea masa de humanidad en la que vivimos es una tarea imposible. Borger podría derivar de cualquier nombre o de ninguno en absoluto. ¿Quién sabe?